

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN
MADRID: Edición de la mañana. 5 Ptas. Mes.
PROVINCIAL Y PORTUGAL. 6 Ptas. Trimestre.
EXTRANJERO. 12 Ptas. Trimestre.
ULTRAMAR. 18 Ptas. Trimestre.
PRECIO DE LA VENTA
Por menor. Por mayor.
5 céntimos ejemplar. 50 céntimos 30 ejemplares.
ADMINISTRACIÓN: Factor, 7, MADRID

DIARIO POLÍTICO INDEPENDIENTE Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA
Fundador: D. Manuel María de Santa Ana

PUBLICIDAD
Los anuncios de primera y cuarta plana, reclamos, etc.,
financieros referentes a Bancos y Sociedades, a precios con-
venientes.
Se reciben en esta Administración, en la Sociedad General
de Anuncios, en la Agencia Llavos, 8, place de la Bourse (París),
y en todas las agencias de publicidad.
Con arreglo a la Ley, cada anuncio pagará 10 céntimos
por impreso de timbre.
No se devuelven los originales.

AÑO LII.—NUM. 15.877

Madrid Jueves 25 de Julio de 1901

Cinco ediciones diarias

GRECO
ALCALÁ, 19, ASCENSOR
3 americanas platinas, 3 posavasos.

POCA ACTIVIDAD

Verdad es que las Cortes no sirven para gran labor positiva; pero menos harán cuanto menos se las solicite y apremie.

Cierto que los proyectos económicos han quedado sobre la mesa del Congreso; mas ya se dice que no se aprobaron, principalmente por la oposición de los diputados, sino porque los senadores se marchaban a veranear sin despedirse del Sr. Montero Ríos.

La grave dificultad esperaba en la alta Cámara, y por eso se adelantó la suspensión de las sesiones.

Queda, en efecto, como resultado, que los únicos proyectos presentados no se discutieron siquiera.

Y por qué no presentaron los ministros otros menos expuestos a la negociación parlamentaria?

Y por qué el gobierno no presentó antes los únicos que tenía redactados? Aquello no excusa la inacción ministerial.

No ha hecho hasta ahora el partido gobernante más que vivir. Y con eso no queda satisfecha ninguna urgencia del país. Somos de los que creen y esperan algo más importante, pero también de los que lamentan la poca actividad en los Consejos de ministros.

El de anoche debió ultimar la combinación de gobernadores civiles. Dejada para otro día y después confiado el asunto al presidente del Consejo de ministros, pasarán dos semanas en proveer las vacantes. Y entregadas a las penencias las reformas de los servicios, tenemos mucho que allí se detengan, si allí no mueren. El procedimiento que el primer Consejo de ministros denuncia, es el de siempre, es el de todos los gobiernos que nada hicieron.

¿Qué asuntos administrativos han resuelto?

¿Saben lo que ha sido del dique de la Habana?

¿Saben si conviene continuar o conviene suspender las obras del tercer depósito del Lozoya?

¿Han encontrado segura manera para distribuir el crédito destinado a la extinción de la lamosta, sin que se dedique a extinguir codicias y rapacidades de los caciques y de sus ayudantes?

¿Quién ha dicho que se necesita ponencia para llevar el descuento nacional al sueldo que no lo paga? ¿Para declarar en nombre del Estado la incompatibilidad de sus funcionarios con el servicio en otras oficinas, ya que los hay tan liberales que declaran a sus funcionarios compatibles para no servir al Estado?

¿Se ha penetrado en el laberinto de las gratificaciones, suplementos, gracias, y otras sangrías abiertas al presupuesto?

No hay que alucinar a las gentes con que se va a hacer todo, sino satisfacer al país haciendo algo. Y eso no se ve todavía.

LA ENFERMEDAD DE TOLSTOI

POR TELÉGRAFO

Paris 24, 8'40 m.

Comunican de Moscú, que el doctor Schtschurovski, médico de cabecera del ilustre autor de *La sonata de Kreutzer*, valcila todavía en diagnosticar de un modo definitivo la enfermedad del conde León Tolstoi.

El doctor Schtschurovski espera, para dar el diagnóstico definitivo, a que cesen los peligrosos accesos de fiebre que sufre el insigne enfermo.

Tolstoi ha adelgazado de una manera extraordinaria; su debilidad es extrema, y la piel la tiene tan amarillenta, que por un momento se creyó padecía ictericia.

Afortunadamente la respiración y el sueño son buenos y casi normales.

Como Tolstoi no come nunca carne y además tiene profundo horror a toda clase de medicamentos, se dificulta el tratamiento de la enfermedad.

El enfermo ocupa una habitación muy espaciosa y clara.

Enfrente del lecho tiene colgada la imagen de una santa, a la cual mira con frecuencia.

Por la noche lee a menudo la Biblia. La enfermedad de Tolstoi ha producido verdadera consternación entre los aldeanos habitantes de Jasnaja Poliana, que tienen por el verdadero veneración y le consideran como un oráculo.—R. BLASCO.

NOCHE MADRILEÑA

—No hay más remedio que ver a Paco, porque la cosa no es para menos.

—Y ¿dónde encontrarlo?

—Nada más fácil, ya sabes su costumbre: por las noches visita varias tiendas de vinos de las más distinguidas, donde juega a mus ó se está de charla hasta que amaneca. Conocemos sus sitios predilectos, y visitándolos todos en alguno habremos de tropezarle.

—Chico, a mí no me divierte eso de ir de taberna en taberna; además sabes que el vino me hace daño.

—Lo mismo me ocurre a mí, con dos copas que tome ya estoy mareado; pero no hay más remedio que dar con él esta noche, porque si no se estropea el negocio.

—Pues ¡andando!

—En marcha ¡y sea lo que Dios quise!

Los dos amigos emprendieron la peregrinación en busca de Paco.

Paco era el tipo del buen madrileño, que después de cumplir su obligación en el taller, cambiaba la ropa del trabajo por el terno decaído de irremprochable corte chilense, empuñaba su *palasón* de catorce nudos y no volvía al domicilio hasta no haber visitado los ocho ó diez establecimientos donde es fama

que se expendía el mejor vino de Valdepeñas.

A primera hora debutaba en el *Majo de las Cubas* de la calle Mayor. Su entrada era siempre la misma:

—Dadnos unas copas.

Porque Paco no sabía pedir vino para él sólo, aunque en realidad no fuese acompañado de nadie: era su frase sacramental.

Nunca faltaba una mesa de donde le llamaban y allí pegaba la hebra hasta que bucnamente se desahacía la reunión.

Entonces, Paco despedíase de sus conocidos y derivaba por la calle Mayor hasta la de la Cruzada, donde hay una antigua tienda que, escondida tras el edificio de la Diputación provincial, alberga en su seno esa burguesía honrada y algo vengonzante que gusta de beber lejos del bullicio y de la algazara, que son la característica de otras tabernas.

Allí jugaba un *mus* hasta las dos ó dos y media, hora prudencial en que la concurrencia iba desfilando. Paco salía también, y como buen conecedor de todos los rincones del Madrid de última hora, hacia escala en cinco ó seis tiendas más, que, a pesar de aparecer cerradas por consideración y relativo respeto a la autoridad traslocadora, llaman a los transeuntes con el hilo de luz que se escapa por las rendijas de sus puertas, delator elocuente de que dentro está Paco dispuesto a recibir con cariño a sus discípulos más aprovechados... Y allí, cuando despuntaba el día, marchábase Paco a su casa, todo lo derecho que puede ir un hombre que se ha pasado seis horas con el consabido estribillo de: *Dadnos de beber*.

Emprendieron la caminata los dos amigos, siguiendo el orden indicado.

En la primera taberna esperaron una hora larga, durante la cual el amo les obsequió varias veces, pues bastaba que se tratase de dos amigos del mejor parroquiano de la casa para que fuesen mirados con toda consideración...

¿Que qué debían? ¡Estaba todo pagado!

Aparte de que el dueño tenía mucho gusto en convidarles, Paco no le hubiera perdonado el cobrar a dos amigos que iban por primera vez a basearle.

Los dos amigos vieron el cielo abierto, porque, dicho sea en confianza y sin ánimo de molestarlos, no reunían entre ambos arriba de 30 céntimos.

—Pues sí, es extraño que no venga, porque no falta ni una noche. ¡Como no haya tenido cita en otro lado!... ¿Por qué no pasan ustedes por la Cruzada?

—Sí te parece...

—Puede que allí le encontremos.

—Tomen ustedes otra copa.

En la segunda taberna ocurrió lo mismo: esperaron otra hora larga sin que Paco asomase, con gran extrañeza del medidor, que había repetido la suerte de convidarles a varias copas.

¿Qué le pasaría a Paco? Y el caso es que necesitaban verle a todo trance. No había más remedio que seguir el *itinerario*, en la seguridad de que le encontrarían donde menos se lo pensasen, complicado en una partida empeñada de dominó ó cenando tal vez en *La Central*, otro de los sitios donde Paco era punto fuerte

y donde alternaba a última hora con periodistas y literatos, que le aceptaban en su reunión... ¡Andando a *La Central*!

Por el camino entraron en otros sitios, donde la escena fué repitiéndose con los mismos detalles: no hacían más que asomar, preguntando por Paco y dando a entender que eran amigos suyos, con lo cual no se libraban del ineludible convite; y al dar, por fin, con sus cuerpitos en el colimado de la calle de la Paz, eran más de las cuatro de la madrugada.

La tienda estaba llena de gente, que discutía y alborotaba con la despreocupación natural en tales sitios y a tales horas; pero Paco no estaba allí.

—¿Todavía puede que venga, ¿qué van ustedes a tomar?

¡Aquello fué la puntilla!

Tras una noche de libaciones frecuentes, muertos de sueño y dando tumbos de acera a acera, los dos amigos, gente formal y morigerada, retirábase al amanecer, con sus 80 céntimos en el bolsillo y sin haber visto a Paco, después de una borrachera ¡monumental!

Aquella noche, Paco, el borracho impenitente, el bebedor sempiterno a quien conocen en todas las tabernas de Madrid, se había quedado en su casa ¡tan fresco!

Félic Llemendous.

FIESTAS EN LA GRANJA

Las fuentes. — Nuevos veraneantes.

San Ildefonso 24, 11'10 m.

Presidiendo la infanta Isabel, y ante numeroso público, han corrido todas las fuentes.

La infanta Cristina ha asistido también en carruaje, a causa de lo delicado de su salud.

Han asistido también la condesa viuda de Toreno y sus hijos; los marqueses de Nájera, la Puente y Sotomayor, Somoancho y Jura Real; agregados de las embajadas de Turquía y Alemania, secretario de la embajada de Italia y su señora, el gobernador y los señores Corleto, Domyr, Arias, Valdeusa, Rózpide y toda la colonia veraneante, y muchos forasteros que han venido para ver correr las fuentes.

La infanta Isabel, acompañada únicamente de la marquesa de Nájera, visitó a su tía, que habita en un hermoso edificio llamado casa de Infantes.

Han llegado nuevas familias a pasar aquí el verano, contándose, entre ellas, las de López Roberts, Muquiro, Aseñso, y el revistero de salones, *Monteheroso*.

La temperatura es deliciosa.—Luis.

CONSEJO DE MINISTROS

El celebrado ayer en la Presidencia se reunió a las cinco y media de la tarde durante hasta las ocho.

El nuevo ministro, Sr. González, recibió muchas felicitaciones de sus compañeros de Gabinete.

A la terminación del *compeño* salió el señor conde de Romanos para Cercedilla con objeto de pasar al lado de su familia el día de hoy.

De los asuntos tratados en Consejo se facilitó a la prensa la siguiente

Nota oficiosa.

El ministro de la Gobernación dió cuenta de un proyecto de Real decreto que se re úte hoy mismo a la firma de S. M. aplazando las elecciones de senadores de Valladolid.

Se acordó que dicho ministro, en unión del Sr. Gracia y Justicia, dirija circulares a los gobernadores y ministro fiscal acerca de la forma de promover el más severo castigo de los que en los mitines profieran insultos contra la guardia civil.

Se acordó que el expediente de las traifias, que está sometido a la ponencia de los señores ministros de Marina, Instrucción pública y Gobernación, pase a estudio de este último para que después de enterado de todos los antecedentes en unión de sus compañeros, propongan la solución que haya lugar.

El ministro de Instrucción pública dió cuenta de un proyecto de decreto en que se regulan definitivamente los derechos de los catedráticos supernumerarios y auxiliares.

El ministro de Agricultura sometió a sus compañeros dos expedientes de carreteras.

A propuesta del ministro de la Guerra se acordó trasladar a Tarragona las oficinas de la comisión liquidadora de Ultramar que hoy se hallan en Aranjuez.

Asimismo se aprobó que por medio de un real decreto se segregue de la capitania general de Aragón la provincia de Guadalajara, que pasará a formar parte de la capitania general de Castilla la Nueva.

También fueron aprobados un expediente sobre concesión de bronce para reedificar la cruz del Coso en Zaragoza, y otro autorizando al laboratorio de ingenieros para adquirir directamente varias herramientas y efectos.

El ministro de la Guerra dió cuenta de una provisión de cargos que será sometida en breve a la firma de S. M.

El presidente del Consejo dió cuenta del siguiente telegrama del ministro de España en Tángor.

«Rumores de asesinato de cautivos, completamente infundados hasta ahora. Por el contrario, Torres me ha asegurado que el rescate de la muchacha se ha verificado ya, y que en breve llegará a Tángor.»

Así lo he telegrafado esta mañana directamente al ministro.

Comunicó al Consejo una exposición que le dirige la Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de las clases obreras proponiendo varias reformas de orden social.

El Consejo acordó que dicha exposición pasara a estudio de los ministros para que pusiera en su día a las Cortes aquellas soluciones que crean más convenientes en relación a la cuestión social, que es uno de los asuntos a que con más preferencia ha de atender el gobierno.

El Sr. Sagasta dió también cuenta de una exposición que le han dirigido los ingenieros de caminos, industriales, agrónomos y los arquitectos, en reclamación de la lesión que sufren por la concesión por el ministerio de la Guerra a los militares de sus títulos profesionales.

El Consejo se ocupará de este asunto cuando trate de la reorganización de los servicios y de las atribuciones respectivas de cada uno de los departamentos ministeriales.

Fué examinada detenidamente por el Consejo una exposición que dirige al gobierno el Consejo de patronos con el fin de obtener una subvención para el Sanatorio de *Porta Celi*.

El gobierno a petición del ministro de Hacienda, aplazó este asunto hasta que se obtenga de las Cortes el crédito extraordinario preciso para atender a dicha subvención.

Habiendo participado la Intendencia de la real casa al gobierno que se hallan ya terminadas las obras de la nueva Basílica de Atocha, y en disposición de que sean trasladados los restos de los muertos ilustres que se encuentran en el antiguo edificio de dicha basílica, se acordó que por el ministerio de Instrucción pública se designe al arquitecto señor Arbós para que represente al gobierno en todo lo que se relaciona con este asunto.

El sábado próximo se reunirá de nuevo el Consejo para ocuparse exclusivamente de trazar las líneas generales que han de determinar la reorganización total de los servicios en la cual se ha de ocupar sin descanso el go-

bierno durante el actual interregno parlamentario.

Ampliación.

El Consejo de anoche fué esencialmente administrativo, y, en realidad, todos los asuntos se hallan bastante explícitos en la nota oficiosa.

El único asunto que tiene alguna relación con la política fué la circular acordada a los gobernadores y a los fiscales, para que persigan y castiguen severamente los insultos a la guardia civil, cuya circular responde al propósito de poner coto a los ataques de que viene siendo objeto la benemérita institución por parte de los oradores exaltados de determinados mitines.

La combinación de destinos militares comprende en primer término los nombramientos del general Azcárraga para presidente de la Junta Consultiva de Guerra, y del general Ochoado para inspector general de la Guardia Civil.

También se dió cuenta en Consejo del nombramiento del Sr. Sánchez Pastor para la subsecretaría de Gobernación, cuyo nombramiento había sido acordado antes del Consejo por los Sres. Sagasta y González (D. Alfonso).

En cuanto a la combinación de gobernadores, se aplazó para el Consejo que ha de celebrarse el sábado.

Solo se sabe de ella que será extensa, comprendiendo algunas cesantías y no pocos traslados, y que figurarán seguramente los gobernadores de provincia más importantes, es decir, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Coruña y quizás Barcelona.

En el Consejo del sábado se comenzará a tratar de la reorganización de los servicios, para lo cual cada ministro llevará alguna indicación de las reformas que pueden hacerse en su departamento. Es posible que respecto a algunos servicios que tengan relación con distintos departamentos se nombre para la reforma una ponencia de los ministros titulares. Así se hará, por ejemplo, con los de Gobernación, Agricultura e Instrucción pública.

El ministro de la Gobernación recibió en Consejo un telegrama dándole cuenta de que la huelga de cargadores del puerto de Cartagena podía considerarse ya terminada.

MICROCOSMOS

En el mundo animal del Microcosmos,

mundo de lo infinitamente chico, ¿cómo será la pulga de la pulga, y cómo los microbios del bacilo?

¿Y contra qué mosquitos insufribles usarán mosquiteros los mosquitos?

José Alcalá Galiano.

DE SEVILLA

POR TELÉGRAFO

Vaquero herido.

Sevilla 24, 9'10 m.

Al escajonar hoy un toro en la estación de Empalme para ser conducido a la plaza de Villamarta, fué herido un vaquero.

Afortunadamente la herida es de poca importancia.—ARANDA.

Una huelga.

Sevilla 24, 9'50 m.

Los cargadores de mineral se han declarado en huelga.

Hoy han suspendido los trabajos.

Piden aumento de jornal.

La junta de obras espera solucionar el conflicto, creyéndose no llegará a reestir interés.—ARANDA.

—No me dejes!—exclamó Isabel impresionada.—Te digo que una inesperada desgracia se avecina.

El criado manifestó: Ahí está un caballero que quería hablar con el señor barón. Le he dicho que está ausente, y entonces ha manifestado el deseo de ver a la señora baronesa.

—¿El nombre de ese caballero?

—Hé aquí su tarjeta.

Isabel tomó ésta de una bandeja de plata cincelada, y estupefacta leyó:

CARLOS DELAMARE

COMISARIO DE POLICIA DEL XVI.º DISTRITO

Barrio de la Muette.

Isabel había palidecido, pero se esforzaba en ocultar su emoción a las curiosas miradas del criado.

—Hacedle pasar—dijo.

La baronesa dió la tarjeta a Virginia.

—El comisario de policía—exclamó ésta.—¿Qué tiene que venir a buscar aquí el comisario de policía?

Entonces se apercebó que la baronesa estaba temblorosa.

—Y bien, ¿qué?—dijo, a pesar de hallarse también turbada.—¿Es esta visita la que te pone en ese estado? Un comisario de policía.

Después de todo, es un hombre como otro cualquiera. Tiene una faja tricolor, es verdad; pero los tres colores no se han hecho para asustar a la hija de un viejo soldado... Esconchemos lo que va a decirnos ese hombre... ¡Vamos, hija mía, tranquilízate!

Cuando se es la hija del coronel Aquiles Billot, oficial de la Legión de honor; cuando se es la baronesa de Lussy, no hay nada que temer de la policía.

El criado reapareció, precedido del magistrado, que penetró en el gabinete.

II

En donde los presentimientos de la baronesa Isabel empezaron a realizarse.

El señor Delamare era un hombre de cincuenta años, de fisonomía inteligente y enérgica.

Alto, corpulento, correctamente vestido de negro.

Se inclinó con respeto delante de la joven

baronesa, que le indicó una silla que se hallaba próxima.

—¿Es a la señora de Lussy a quien tengo el honor de hablar?—dijo.

—Sí, señor.

—¿El señor de Lussy está ausente?

—Sí, señor.

—Pues ayer estaba todavía en París.

—¿Está de viaje?

—Sí, señor.

El magistrado miró fijamente a la baronesa y preguntó:

—¿Podrías indicarme, señora, adónde ha ido?

—Sí, por cierto. Mi marido marchó ayer para Borgoña, en donde poseemos una casa de campo; ha querido asegurarse de que esta se hallaba en estado de recibirnos, porque pensamos ir muy pronto a instalarnos allí, y si el señor de Lussy no se ve detenido por alguna circunstancia imprevista, estará de vuelta en París mañana por la tarde...

El comisario pareció consultarse un momento; después se levantó y dijo:

—Os doy las gracias, señora, por haber tenido la bondad de recibirme y darme las noticias que necesitaba. Dispensadme de haberos molestado.

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

—¿Puedo saber, caballero, por qué motivo habéis deseado hablar al señor de Lussy?

Contra el gobernador.—Tren apedreado.

Sevilla 24, 9:50 n. Es objeto de grandes comentarios el hecho realizado anoche en la estación. Al pasar el tren expreso por cerca del establo fue apedreado y silbado el coche donde iba el gobernador.

Aclaración.

Sevilla 25, 1:55 t. El vapor inglés que debía cargar petróleo se dirigió a Sevilla, y que en el bajo de Veleta arrojó al Guadalquivir 300 toneladas de dicho líquido, lo hizo, no para defraudar a la Aduana, sino para aligerar la marcha y es tabilidad del buque, que se dificultaban con el peso del citado cargamento.

ECOS DEL MUNDO

Lo que se pierde en Londres. El Royal Magazine publica interesantes datos sobre el número de objetos que se pierden en la gran ciudad. En los diversos carruajes de alquiler, en los vagones de ferrocarril, en los tranvías, en una palaneta, en todos los medios de traslación de que disponen los habitantes de Londres, se pierden, por término medio anual, 3.450 objetos, contando entre este número 17.437 para gas y quitosoles.

DE LONDRES

Repatriados que no cobran.

Londres 25, 10:35 m. Los repatriados de la yemaury continúan haciendo reclamaciones para cobrar sus haberes de la guerra.—HARRY.

Lord Russell será indultado.

Londres 25, 10:10 m. Se considera inminente el indulto a lord Russell.—HARRY.

Congreso internacional contra la tuberculosis.

Londres 25, 10:10 m. El doctor Koch ha sido condecorado por el real Instituto de Sanidad, con la medalla de Harben, una de las mayores condecoraciones científicas de Inglaterra.—HARRY.

Un fracaso norteamericano.

Ya se recordará el ruido que medió, así en América como en Europa, la noticia de la invención de un cañón neumático, debido a la inventiva del ingeniero Zelinski.

Este cañón era el que montaba el célebre buque Vesubius, que debía destruir en Santiago de Cuba todo lo que se le pusiera por delante, por medio de bombas de dinamita.

Apesar del poco éxito logrado en Cuba, las experiencias continuaron, y el Congreso americano acordó una subvención de un millón de dólares para artillar con cañones Zelinski las defensas de las costas de San Francisco y Nueva York. Una batería especial empezó a construirse en este último puerto, que debía quedar terminada el próximo 1 de octubre.

De repente, el departamento de la marina ordena detener la construcción de esa artillería, así como la de cuatro cruceros tipo Vesubius, a los que se había puesto la quilla.

Se dice que el cañón Zelinski no ha respondido en sus efectos a lo que se esperaba de él, y que se ha descubierto que con el material de artillería ordinario pueden mandarse proyectiles a la distancia hasta seis millas de distancia, radio suficiente para la defensa costera.

Este fracaso, y el del submarino Holland, ha puesto a los franceses loco de gozo, al compararlos con el éxito alcanzado por su Gustavo Zede.

DE VERANEO

25 de julio.

Han salido: Para San Sebastián: Marquesa de la Haza, Sr. Lavín, ministro de Portugal, D. Edoardo Travesedo, D. Dolores Bermejo y el señor Alba.

Para Burgos: Marquesa de Guadalupe, doña Faustina Glaz y el Sr. Oteiza.

Para Zamarraga: Sr. Ochoa.

Para Reinos: Marques de Guadalupe.

Para Las Fraguas: Duque de Santo Mauro.

Para Santander: D. Antonio García Aliz, familia del Sr. Baena (hotel de París) y la señora de Rivero.

Para Rúa Petin: Marqués de Trives.

Para Hendaya: Sr. Quindélin, Sr. Mancebo y el Sr. Esteban.

Para Bilbao: D. Martín Zabala y D. Francisco Aguirre.

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

un colorido especialmente pintoresco, para verlo entre el decorado de aquel lindo rincón de París. Virginia se había aproximado a una de las ventanas que daban a la avenida. La había abierto y miraba pasar los coches arrastrados por briosos caballos. —¡Esto deslumbrante!—se dijo.—¡Qué mujeres más hermosas!... ¡Cuánta flor!... ¡Qué agradable es ser rico!... Bien... de todos modos... yo no cambiaría mi suerte por la de ellas... ¡Mi casita me es suficiente!... ¡Solo falta un rollo!... ¡Y de esto tiene la culpa, Carlomagno!... ¡Ah! ¡si nosotros tuviésemos un pequeño!... La buena mujer suspiró profundamente. De pronto oyó ruido detrás de ella. Se volvió y vio a una joven que, tendiéndole los brazos y llena de alegría, exclamaba: —¡Virginia!

—¡Sientate a mi lado, querida Virginia, como has hecho otras veces. ¡No te acuerdas?—dijo la baronesa. —¡Si lo recuerdo! ¡Aquellos eran buenos tiempos!... ¡Y decir que no te he visto desde hace cuatro años!... ¡Qué largos son cuatro años cuando se está distan de las personas que se quieren!... Hemos sabido allá abajo, en Argelia, hace dos años, la muerte de tu pobre padre. ¡Digno hombre!... Mucho le llamamos Carlomagno y yo. ¡Queríamos tanto a nuestro coronel!... Mira, aquel día dije: «Tanto peor... La cantina se pasará sin mí. Voy a ir a París, porque es preciso que yo vaya a mi pequeña... Hela ya huérfana... ¡Por lo menos es preciso que su Virginia esté cerca de ella en semejante momento!» —¡Sí, efectivamente, el golpe fue rufo!... ¡Pobre padre mío! No me quedaba más que él, puesto que mamá murió al darne a luz... ¡Y yo no tenía ningún pariente cerca de mí, nadie! Si, solo tenía el notario de la familia, una bella persona, el señor Lefort que se ha mostrado muy bueno para mí. ¡Querida Virginia!... ¡De modo que tu quisistes venir a París en aquella época! —Lo ha faltado la punta de un caballo. Pero ya comprendes, hijita, que era cosa difícil. No se viene desde Constantina a París como se va desde Aníeros a Chaton... Carlomagno escribió a su hermano de leche, el almirante de Ploernec, que vivía en los alrededores de Pierrefonds, cerca de Compiegne, que se informara de ti. Vió a tu notario, precisamente ese señor Lefort de que tú me has hablado, y le dió noticias de tu situación y el almirante nos las transmitió. Temíamos que tu padre no te hubiese dejado nada, porque no era rico el coronel, no tenía más que su sueldo; pero había colocado en otro tiempo el dote de tu madre, que ascendía a cincuenta mil francos, a los cuales jamás había tocado, y esta suma habiéndose aumentado con los intereses, te constituía una pequeña fortuna de cinco mil libras de renta próximamente, con las que podías vivir. Esto nos tranquilizó. Seis meses después tú nos distes parte de tu casamiento con el baron Felipe de Lussy, y en esta ocasión también quisiste venir a París. ¡Isabel se casa... mi puesto es a su lado!... Siempre había soñado el verte con tu vestido blanco y la corona de desposada, al lado de un buen mozo. Cuando yo te meca en mis brazos ya veía yo esa escena... ¡Que sí quieres! ¡No hubo miedo de poderse mover!

—¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

—¿Qué aguas va usted este año, Pepito? —A las de Zurriago; son muy buenas, porque a más de ser cloro-lodo bóricas son de última moda. ¿Y ustedes a qué aguas van? —Nosotras no vamos a ninguna parte, vendremos si acaso por las noches aquí al puesto de la Isidra que la tiene muy fresca.



¿AGUA VA!

LA VIUDITA

Waldersée stathofer de Alsacia-Lorena. Berlín 25, 9:15 m. En Strasburgo corre nuevamente el rumor de que el general Waldersée será nombrado stathofer de Alsacia-Lorena.—HOLDZMAN.

Pésames a Kruger. Bruselas 25, 11:15 m. Kruger ha recibido telegramas de pésame del Czar y de Bulow, canceller de Alemania.—PICARD.

El puente de Brooklyn doblado. Nueva York 24, 11:40 n. El gran puente colgante de Brooklyn, que une a dos grandes partes de la ciudad, se ha doblado. Las autoridades han prohibido a los carruajes pasar por el puente.

Duelo con navajas entre niños. Roma 25, 9:25 m. En Cerignola, provincia de Foggia, ha ocurrido un suceso sangriento entre dos niños.

Escuadras alemanas a Cádiz. Berlín 25, 10:30 m. La escuadra alemana, compuesta de cinco buques, al mando del príncipe Enrique de Prusia, ha salido de Wilhelmshaven en dirección a Cádiz, donde se reunirá a los cuatro buques alemanes que regresan de China.

Abogando por una alianza entre Rusia y Japón. Algunos periódicos oficiales rusos, y en particular el Petersburg Kísa Viedomosh, abogan calurosamente por una alianza ofensiva entre Rusia y el Japon para contrarrestar la influencia inglesa en el Extremo Oriente, especialmente en China.—FABRA.

Provincias. Huelga terminada. Bajar 24, 5:10 t. Ha terminado la huelga de obreros panaderos. Todos los huelguistas han vuelto a sus puestos.

Dos desgracias. Oviedo 24, 9 n. En el sitio llamado el Arenero se arrojó al río Sella para bañarse un individuo llamado Joaquín Alvarez, de veinticinco años de edad, teniendo la desgracia de ser arrastrado por la corriente.

El sudexpreso botijil. Alicante 25, 11:5 m. Acaba de llegar el tren que conduce a la regocijada orden botijil.

Fiesta del arma de caballería. Barcelona 25, 1 t. Las misas que los regimientos de caballería de Montesa, Numancia y Treviño, dedicaban al Apóstol Santiago, patrón de dicha arma, en la iglesia de San Agustín, se han desistido por la caída de una copiosísima lluvia.

Un escaló. Murcia 25, 8:10 m. Están adelantadísima las obras de la plaza de toros que se está construyendo en Cebanera y cuya inauguración se verificará en setiembre próximo.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡Lo que Carlomagno ha jurado! Pero, al fin, mi buen hombre pudo obtener el retro... De esto hace un mes. Largamos la cantina, dejamos el Africa y vinimos a instalarnos a Saint-Jean-aux-Bois, en pleno bosque de Compiegne, cerca de Pierrefonds, en el castillo de Mesanges, que pertenece al almirante de Ploernec, hermano de leche de Carlomagno. El señor de Ploernec es alcalde del pueblo y ha hecho nombrar a mi esposo guarda jurado. Tenemos una linda casita con su jardín correspondiente. Es muy bonita. Tu lo verás porque vendrás a vernos, ¿verdad? —¡Cierto, y bien pronto! Tengo grandes deseos de abrazar a Carlomagno. —¡Llegamos a Francia hace tres semanas. Hemos estado primeramente ocho días en el país, en Auvernia, sintiendo gran alegría al ver el campanario, ¿comprendes, verdad? y bien satisfechos de poder ir a decir un Pater noster sobre la tumba de nuestros viejos. Después, hace una docena de días, nos hemos instalado en Saint-Jean-aux-Bois. Ha sido toda una historia: yo he tenido mucho que hacer. Carlomagno entró en seguida en funciones. Hoy me he venido a París, por la primera vez después de nuestro regreso a Francia, y mi primera visita, bien entendido, ha sido para ti. ¡Ah! hablame de ti, ahora. ¿Tu marido? ¿Tú lo quieres, me figuro?... —Le adoro. —¡Asamiento de amor, eh? —Sí. —Va bien. ¡El amor! ¡No hay nada como eso! Esto es suficiente para todo. No hay necesidad de fortuna cuando uno se ama. ¿Y no hay hijos? —Sí hay. —¡Ah! ¡picarilla, no me lo has dicho. —Sí, hace tres meses te escribí, tan luego como me levanté de la cama. —Bien puede ser. Sería en la época en que nosotros dejamos a Constantina. Tu carta no la recibimos. Adelante. ¿Es un chico? —No, una niña. —¡Una niña! Quiero verla en seguida. —¿Dónde está? —De paseo, en coche, con su nodriza. La verá pronto. Van a dar las cuatro. La nodriza estará aquí dentro de un instante. Justamente es ella. La baronesa Isabel había oído el ruido de un carruaje que se detenía a la puerta del hotel. Se levantó. Virginia la siguió y ambas se dirigieron hacia la ventana y miraron. Efectivamente, un carruaje se hallaba delante de la puerta, un coche de cuatro asientos, viejo, con galería, desvencijado, y cuyos ejemplares sólo se ven en los alrededores de las estaciones. —No—dijo la joven,—no es la nodriza. Tres hombres, vestidos de negro, descendieron del coche. —En todo caso—continuó Virginia—es una visita para ti. ¿Conocerás sin duda a esos hombres? —No... Es extraño. ¡No los he visto nunca! —¿Querrán hablar a tu marido probablemente? —Mi marido está ausente. —¿Dónde está? —Viajando. Se fué ayer y debe volver mañana. —Pero hija, ¿qué te pasa? ¿Estás pálida! —¡No lo sé!... Esa visita inesperada... Y además... —¿Qué?... La joven enlazó con sus brazos a la ex cantinera, que estrechó fuertemente contra su pecho, y continuó temblorosa y emocionada: —Mamá Virginia, no puedo explicarte lo suficiente cuánto me alegro de tenerte hoy a mi lado... Sin duda es mi ángel guardián quien te ha enviado. Dirás que soy una loca, pero sufre, porque soy muy dichosa y me parece que semejante felicidad no puede durar... ¡Tengo miedo! —Esas son niñerías... Vamos, tranquilízate, hija mía. ¡Muy feliz!... Pues bien, ¿qué? Tú lo mereces... ¡Va, va! Además, yo estoy aquí. Virginia Adelaida Agustina Franchard no tiene frío en los ojos. ¿No eres tú mi hija? ¡Es que yo no te he criado desde que te quedaste sin madre? Buena pena me costó separarme de ti cuando tu padre, habiendo obtenido el retiro, se volvió a Francia; pero te he hallado y yo te defiendo. Tú no tienes nada que temer de la suerte. No obstante, si sucede cualquier cosa, hijita, yo te defenderé. ¡Que vengan, y verán! La puerta del gabinete se abrió. El criado que había introducido a Virginia se presentó.

Fragmento de un cuento. —¿Por qué? —Quería venir sin avisarte, trataba de darte una sorpresa, y héte aquí que la vispera de mi marcha, crac, caigo estúpidamente y me rompo una pierna... ¡Mala suerte! Seis semanas tumbada boca arriba con la pierna escayotada... ¡

nuevamente del mando de esta provincia.—

Volada catalanista.

Barcelona 25, 130 t. La sociedad catalanista El Somatén, ha celebrado la velada política que anunció, en honor del partido bicepartido.

Obrero puesto en libertad.

Barcelona 25, 135 t. Ha sido puesto en libertad el obrero Palau, quien había sido entregado a disposición del tribunal militar con motivo de las frases que pronunció en un mitin aconsejando a los soldados que no dispersaran las armas contra el pueblo.—FIGUEROA.

Trigo ruso.

Barcelona 25, 140 t. Ha llegado un vapor conduciendo trigo procedente de Arangel, puerto ruso del mar glacial.—FIGUEROA.

Daños de una tormenta.

Barcelona 25, 151 t. En la furiosa tempestad que descargó esta mañana, ha caído un rayo en la calle Paralelo, causando destrozos y asustando a un caballo, que al salir desbocado atropelló a un transeúnte.

Una detención.—El crucero Lepanto.

Barcelona 25, 153 t. La policía ha detenido, en el momento que se disponía a embarcar para Buenos Aires, a una mujer casada, en unión de su amante.

Protesta.

Zaragoza 25, 1133 m. En el Boletín eclesiástico, se publica un artículo del vicario capitular, protestando contra los desagradables sucesos que se han desarrollado en esta capital con motivo de la procesión del jubileo.

LA FERIA DE VALENCIA

FOR TELEGRAMA

Valencia 25, 130 t. Se ha disparado una gran traca de 6.000 metros. Recorrió 35 calles y plazas, terminando frente al Ateneo Mercantil que la costó.

NOTICIAS DE ESPECTACULOS

Teatro Real.—El número de alumnos que ha ingresado hasta hoy en la Academia gratuita de baile, costada por la empresa del Teatro Real de su parte.

PERSONAL DE OBRAS PÚBLICAS

Ingenieros.

Ha solicitado la vuelta al servicio del Estado, el ingeniero segundo D. Eduardo de Domingo y Mambrilla.

Ing. de Minas.

De la provincia de Soria ha sido trasladado a la de Guadalajara, el ingeniero segundo don Sebastián Gómez Velasco.

Ing. de Caminos.

Ha sido destinado a la provincia de Murcia el ingeniero segundo, reintegrado recientemente en servicio activo, D. Francisco Manrique de Lara.

Ing. de Obras Públicas.

Se ha concedido el reintegro en el servicio del Estado al ingeniero segundo D. Juan Bautista Conradi y Ferns.

Ing. de Minas.

El ingeniero segundo D. Angel Blanco Perea, ha sido destinado a la división de trabajos hidrográficos del Júcar y Segura.

Ing. de Caminos.

El ingeniero jefe, jubilado, D. Adolfo Fedequero y Ferrández, ha sido destinado a la división de trabajos hidrográficos del Ebro.

Ing. de Caminos.

De la Jefatura de Levante ha sido trasladado a la división hidrográfica del Guadalquivir el ingeniero segundo D. Pedro M. González Quijano.

Ayudantes.

De la provincia de Tarragona ha sido trasladado a la de Alicante el ayudante segundo D. Santiago Valor y Villaplana.

Ayudantes.

Ha fallecido el ayudante segundo D. Antonio Vich y Oriol.

Ayudantes.

Ha sido trasladado de la provincia de Zamora a la Jefatura de la división de trabajos hidrográficos del Júcar y Segura el ayudante segundo D. Estanislao Flores y Marqués.

Ayudantes.

El ayudante segundo D. Celso Bascosnes y Arango, afecto a la provincia de Ferrol ha solicitado pasar al servicio de contratista y por tanto la declaración de supernumerario en el escalafón del cuerpo.

Ayudantes.

En las vacantes producidas en las distintas escuelas del cuerpo por fallecimiento del ayudante segundo Sr. Caldey y Oriol, han ascendido, con la antigüedad de 1.º del actual, a oficial segundo de administración civil, el ayudante segundo, oficial tercero D. Antonio Díaz Brescia, y a ayudante segundo, oficial tercero, el de la clase de cuartos D. José Francos Vergara.

Ayudantes.

Se ha concedido la permuta voluntaria entre los ayudantes segundos D. Joaquín Berdons y Vich y Oriol, afecto a Barcelona, y D. Miguel Bretones y Alvarez, afecto a la hidrografía del Ebro.

Ayudantes.

En virtud de la real orden de 20 del pasado junio, se han concedido los ascensos siguientes en el cuerpo de delinquentes de obras públicas:

Pris y D. Bernardo Fraguas y Foncillas, afectos, respectivamente, a las Jefaturas de Oviedo, Huesca, Gerona e hidrografía del libro; entendiéndose las antigüedades para los ascensos, según el párrafo primero de la preclara real orden, desde el 20 de junio último, conforme a lo que prescribe la de 28 de octubre de 1895.

Torresos.

Ha solicitado prórroga, por causa de enfermedad, para presentarse en su nuevo destino del faro de Abona (Canarias), el torrero segundo D. Joaquín Mesa y Cuenca.

Torresos.

Del faro del Rompió de Cartaya (Huelva), ha sido trasladado al de Cabo Blanco (Balears), el torrero primero D. Bartolomé Pastor y Torres.

Torresos.

El torrero segundo D. Ramón Clar y Carbonell, que servía en el faro de Cabo Blanco (Balears), ha sido trasladado al del Rompió de Cartaya (Huelva).

El Vaticano contra la casa de Saboya

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 120 t.

El cardenal titular de la iglesia del Pantión, ha anunciado que si con motivo de la peregrinación a la tumba del Rey Humberto, en ocasión del próximo aniversario de su muerte, entrarán banderas italianas en el Pantión, donde está enterrado el Rey, se verá obligado a declarar dicho templo inhabilitado para el culto.—MARIO.

DE PANTICOSA

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 120 t.

Diócesis de Pantico. «Dios como padre y la tierra como madre» es el lema que se repite en presencia de la multitud.

Mi primera carta de Pantico, señalando lo deficiente que es la alimentación que se da a los aguilas, ha motivado un desagrado de los dueños de fondas y un aplauso de los bañistas a LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA por haber levantado la voz en defensa de la salud de estos enfermos.

PERSONAL DE POLICIA

FOR TELEGRAMA

Zaragoza 25, 1133 m.

El último movimiento realizado comprende el siguiente: Para Madrid han sido nombrados inspectores de tercera clase D. Saturno Granados Fernández y D. José Cárcelos Font.

SUCESOS

¿Hubo robó?

En la plaza del Angel fué detenido esta mañana Francisco Rodríguez Pérez a petición de un individuo que dijo llamarse Tomás y habitar en una casa de mala nota de la calle de la Abada.

Lesionado.

El niño Antonio Martínez Floral se fracturó anoche el brazo izquierdo a consecuencia de haberse caído de un árbol en la calle de Sagasta.

LOS RUSOS DERROTADOS POR LOS CHINOS

FOR TELEGRAMA

Londres 25.

The Standard publica esta mañana un despacho de Shanghai, anunciando que, según informes de origen particular, los rebeldes chinos derrotaron por completo a las tropas rusas y a las fuerzas regulares del Celeste Imperio al Sur de la Manchuria.

NOTICIAS MILITARES

FOR TELEGRAMA

Londres 25.

Ha sido nombrado ayudante de campo del general de brigada D. Mariano Salcedo, el teniente de infantería, D. Mariano Salcedo.

NOTICIAS MILITARES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

Se desmiente categóricamente que el duque de los Abruzzos haya pedido la mano de la princesa Clementina de Bélgica.

ESCUELAS NORMALES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

Han sido nombrados: Doña Marina Barros, profesora especial de francés de la Normal de Salamanca.

ESCUELAS NORMALES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

Doña Elisea Zamora, profesora de la Normal de Ciudad Real, pasa a la de Avila, y doña Manuela Martínez de ésta última, pasa a ésta.

ESCUELAS NORMALES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

En virtud de oposición han sido nombrados: D. Alfonso Retortillo, profesor de la Normal Central; D. Cecilio Rodríguez, de la de Valladolid; D. Pedro Díaz, de la de Salamanca; D. Manuel Casas, de la de Huesca; D. Tiburcio Alonso, de la de Murcia; D. Melor Ortigosa, de la de Tarragona; D. Francisco Yáñez, de la de Jaén; D. José García, de la de Badajoz; don Cederón López, de la de León; D. Antonio Corvera, de la de Cuenca; D. Rosendo Bull, de la de Logroño; D. Aureliano Abaza, de la de Soria; D. Lorenzo Niño, de la de Las Palmas.

ESCUELAS NORMALES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

Han sido declarados cesantes: D. Orenco Peares, profesor de la Normal de Huesca; D. Manuel Pérez, segundo maestro interino de la Normal de Las Palmas; y D. Gabriel del Valle, secretario de la Escuela Normal Central de Maestros, habiendo sido nombrado para este último cargo el profesor supernumerario de la misma, D. Victoriano E. Ascarza.

ESCUELAS NORMALES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

También ha sido declarado cesante el profesor de la Normal de Maestros de Badajoz D. Augusto Sánchez Pantoja.

ESCUELAS NORMALES

FOR TELEGRAMA

Roma 25, 1025 m.

Se ha autorizado a doña Dolores Autrán y Trujillo y a doña Matilde Sánchez, para que puedan tomar posesión en las escuelas normales de La Coruña y central, respectivamente, del cargo de profesoras de las normales de Badajoz y Tarragona, para que recientemente han sido nombradas.

Letamendi, y nombrando en su lugar a don Antonio Sanz López.

También se ha admitido la renuncia a don Luis Morón y García del cargo de director del Instituto de Granada, habiendo sido nombrado para sustituirle D. Salvador de la Cámara.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Hoy ha llegado en el tren de las doce el nuevo obispo de la diócesis, D. José Cadena y Eleiz.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Su entrada en la capital ha sido solemne. A la estación del Espinar acudieron a recibirle comisiones del cabildo, Diputación provincial y Ayuntamiento.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

El nuevo obispo ha entrado en la población ocupando un magnífico coche, cedido por el conde de Chabot.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Seguía al carruaje del prelado una larga fila de coches.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

En las calles del tránsito, que estaban visiblemente engalanadas, se agrupaba la multitud.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

En el atrio de la iglesia de San Miguel se colocó un altar bajo dosel, y después que el señor Cadena y Eleiz hubo rezado las oraciones de ritual, se vistió de obispo, y profesionalmente, acompañado de todo el clero, obispos, comisiones civiles y militares, se dirigió a la Catedral, donde entró con el ceremonial acostumbrado.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Subió después al púlpito y, conmovido por la solemne entrada, dirigió a los fieles una breve, elocuente y sentida alocución.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Terminada la ceremonia religiosa, se trasladó al palacio episcopal, en el cual le cumplimentaron las autoridades, corporaciones y muchas significadas personas.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Desde Madrid ha venido acompañando al nuevo purpurado el padrino de su consagración, Sr. Gurro, senador vitalicio.—EL CORRESPONSAL.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Terminada la ceremonia religiosa, se trasladó al palacio episcopal, en el cual le cumplimentaron las autoridades, corporaciones y muchas significadas personas.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Desde Madrid ha venido acompañando al nuevo purpurado el padrino de su consagración, Sr. Gurro, senador vitalicio.—EL CORRESPONSAL.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Terminada la ceremonia religiosa, se trasladó al palacio episcopal, en el cual le cumplimentaron las autoridades, corporaciones y muchas significadas personas.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Desde Madrid ha venido acompañando al nuevo purpurado el padrino de su consagración, Sr. Gurro, senador vitalicio.—EL CORRESPONSAL.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Terminada la ceremonia religiosa, se trasladó al palacio episcopal, en el cual le cumplimentaron las autoridades, corporaciones y muchas significadas personas.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Desde Madrid ha venido acompañando al nuevo purpurado el padrino de su consagración, Sr. Gurro, senador vitalicio.—EL CORRESPONSAL.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO

FOR TELEGRAMA

Sevilla 25, 2 t.

Y Camisero dió fin del cuarto después de una faena de muleta desconfiada de quince estocadas y pinchazos.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

División de plaza.

El día de la plaza partida no resultó. Los dos primeros picheos de Mira fueron dos chotos sin plaza de bravura.

doña Dolores Catalina de Roma con sus hijas: doña Francisca de la Puente de Gallardo y su hijo D. Manuel; D. Pío Arias y D. Juan Lomas Fernández.

Detalles de la recepción.

La corte penetró en el salón de recepciones, sentándose el Rey y la Reina en los dos sillones colocados en el estrado.

Detalles de la recepción.

La infanta María Teresa se colocó en otro sillón situado fuera del estrado, y a su izquierda.

Detalles de la recepción.

El salón estaba profusamente adornado de plantas y flores.

Detalles de la recepción.

Detrás de S.S. MM. se pusieron el ministro de Estado, las damas y el cuarto militar y los gentiles hombres en el centro del salón.

Detalles de la recepción.

Ante el trono desfilaron el Ayuntamiento, la Diputación, los diputados a Cortes y senadores aquí residentes, las autoridades civiles, el clero, el elemento militar y finalmente buen número de distinguid

